
La erosión de las certezas previas: significados, percepciones e impactos del desempleo en la experiencia argentina*

MARÍA CRISTINA BAYÓN*

Resumen

En Argentina, los efectos disruptivos del desempleo adquieren dimensiones particulares ya que se producen en un contexto de desintegración de una estructura social y ocupacional relativamente bien establecida.

En este artículo se analizan la experiencia, los significados y las percepciones del trabajo y el desempleo, con especial énfasis en su naturaleza dinámica y heterogénea. Luego de una revisión crítica de la literatura sobre el desempleo, y de un análisis de las principales transformaciones del mercado de trabajo a partir de los años ochenta, el texto muestra, a través de entrevistas en profundidad, las repercusiones concretas de estos procesos en la “gente común”, y trata de entender el desempleo a partir de una perspectiva amplia que contribuya a replantear la política de bienestar desde una visión integral e incluyente.

Abstract

In Argentina, the disruptive effects of unemployment acquire particularly serious dimensions because of the context of disintegration of what was previously a relatively well established social and employment structure.

This article examines the experience, meanings and perceptions of work and unemployment, with particular emphasis on their dynamic and heterogeneous nature. The article offers a critical review of the literature on unemployment and an analysis of the major transformations of the employment market from the 1980s on, before proceeding to demonstrate, through in-depth interviews, the concrete repercussions of these processes on “ordinary people”. It thus aims to provide an appreciation of unemployment from a broad perspective, and contribute to a reformulation of welfare politics with a comprehensive, overall vision.

Palabras clave: trabajo, tradición laboral formal, movilidad social, crisis, desempleo, inseguridad laboral, desprotección social, incertidumbre.

Keywords: work, formal employment tradition, social mobility, crisis, unemployment, job insecurity, lack of social protection, uncertainty.

* Profesora investigadora, Flacso, Sede México.

Introducción

Argentina atraviesa actualmente la más severa crisis de su historia, y experimenta un proceso de desintegración de su estructura social y económica. Las certezas previas, basadas en el empleo formal y estable y en una estructura social dinámica que permitió el establecimiento de una extensa clase media y de una sólida clase trabajadora, han sido reemplazadas por un proceso de inseguridad laboral generalizada y por el marcado empobrecimiento de vastos sectores de la población. Estos procesos, junto con el desmantelamiento de los anteriores mecanismos de protección social, han resultado en una profunda erosión del tejido social. En este contexto, el desempleo representa uno de los principales problemas sociales desde la década de los noventa, y ha adquirido dimensiones alarmantes desde 1998, cuando se desató la recesión en que se encuentra sumergido el país.¹

Algunos autores argumentan que, en contextos en los que la inseguridad laboral es generalizada, los desempleados muestran niveles más bajos de insatisfacción, lo cual altera el modo en que se experimenta el desempleo, debido a que la economía informal opera como el principal medio para hacer frente a la pobreza y la desprotección social (Gallie, Jacobs y Paugam, 2000). Así, fácilmente podría concluirse que donde el desempleo y la inseguridad laboral están más extendidos, estos “problemas” se perciben como una situación “normal”. Éste, sin embargo, no parece ser el caso de Argentina. En contraste con otros países de América Latina, el desempleo es una categoría claramente reconocible. Los mayores niveles de formalidad que caracterizaron su mercado de trabajo afectan la manera en que el trabajo y el desempleo se definen y experimentan, y esto, a su vez, crea problemas específicos a los desempleados. La extensión del desempleo y la inseguridad laboral se producen en un contexto en el cual el empleo formal y estable, luego de más de dos décadas de profundo deterioro de las condiciones laborales, todavía se percibe como “normal”.²

¹ En octubre de 2002, cuatro de cada diez trabajadores del Gran Buenos Aires estaban desocupados o subocupados (18.8 y 20 por ciento, respectivamente); cuatro de cada diez desocupados eran jefes de hogar; seis de cada diez trabajadores buscaban empleo, cuatro de cada diez hogares eran pobres y dos de cada diez no alcanzaban a cubrir la canasta básica de alimentos, es decir, eran indigentes (EPH, INDEC).

² En el mismo sentido, respecto al marcado proceso de empobrecimiento de las clases medias argentinas, Kessler (2000) destaca que la pauperización no constituye una situación normal, sino que se experimenta simultáneamente como una dislocación personal y como una desorganización del mundo social que los rodea; “los nuevos pobres” no dudan de que todo ha cambiado, pero ignoran dónde están y cuál es la naturaleza de ese nuevo mundo al que han llegado sin saber muy bien cómo ni por qué. En este contexto, la implantación de cualquier arreglo o práctica estratégica requiere una redefinición del “mundo exterior” a fin de establecer una nueva manera de relacionarse con él, algún tipo de certezas acerca de qué se puede y qué no se puede hacer, prever o intentar, para afrontar las urgencias prácticas (*ibid.*).

Muchos trabajadores se autodefinen como desempleados aun cuando eventualmente estén desarrollando algún tipo de trabajo temporal o *changa*, expresión utilizada localmente para expresar toda aquella actividad que no es considerada trabajo. La condición actual de actividad tiende a ser definida en relación con el último empleo estable, aunque su pérdida no se haya experimentado en el pasado reciente. Las oportunidades de generación de autoempleo en el sector informal han sido claramente insuficientes para “amortiguar” la pérdida de empleos en el sector formal, y abundan las experiencias frustradas de quienes apostaron a instalar pequeños negocios. Los desempleados, en este contexto, no parecen tener demasiadas “alternativas” para afrontar el desempleo. Tampoco parecen estar más habituados al mismo que sus pares europeos, y los síntomas de depresión están tan extendidos como la inseguridad laboral.

Poniendo especial énfasis en la naturaleza dinámica y heterogénea del desempleo, este artículo analiza la experiencia, los significados y las percepciones del trabajo y el desempleo, al tiempo que resalta la tensión permanente entre una tradición laboral de formalidad y la realidad de un proceso generalizado de inseguridad y desprotección laboral.

El surgimiento del desempleo como el principal problema laboral a partir de los años noventa, así como las diferentes formas en que éste es experimentado por diferentes grupos sociales, sólo pueden ser aprehendidos en toda su complejidad haciendo referencia a las tradiciones laborales que históricamente caracterizaron a la sociedad argentina. Si bien estas tradiciones contrastan profundamente con el deterioro del mercado de trabajo en las últimas décadas, las mismas constituyen los marcos de referencia en los cuales trabajo y desempleo se entienden y experimentan.

En primer lugar se hace una revisión crítica de la literatura sobre el desempleo, predominantemente europea, y sus contribuciones para analizar la experiencia argentina, subrayando las similitudes y diferencias que ésta presenta respecto al modo en que el desempleo se vive y percibe en otros contextos sociales. A continuación se presentan las principales transformaciones experimentadas en el mercado de trabajo a partir de los años ochenta, resaltando el progresivo deterioro de la estructura social y la marcada erosión de los pilares de una cultura y unas tradiciones laborales centradas en el empleo formal, estable y protegido. La tercera y la cuarta secciones, basadas en entrevistas en profundidad con hombres y mujeres desempleados provenientes de sectores medios y de bajos ingresos, intentan mostrar el impacto de los procesos macrosociales en la “gente común”, entendiendo el desempleo *desde adentro*, que a partir de una perspectiva amplia permita trascender las restringidas definiciones “institucionales”. En suma, se trata de explorar las diferentes formas en que el desempleo y la inseguridad laboral se conciben, perciben y experimentan en un contexto de crisis y marcada incertidumbre respecto al futuro.

La experiencia del desempleo: continuidades y rupturas

Lejos de constituir una categoría universal y poco ambigua, el concepto de desempleo ha sido objeto de permanentes debates y confrontaciones. La ambigüedad del mismo se sustenta tanto en la distancia entre representación y realidad, como en el variable y a menudo contrastante lugar que ocupa en las agendas políticas, imágenes, políticas públicas y luchas sociales (Perry, 2000). Ligado a la idea de pleno empleo y al moderno concepto de trabajo asalariado surgido en las sociedades industriales, su significado tiende a presentar importantes variantes de acuerdo con el grado de industrialización, el desarrollo económico y las tradiciones laborales propias de cada sociedad. Además, como señalan Gallie y Paugam (2000), el significado del desempleo en una sociedad determinada depende de quiénes son los desempleados; es decir, en qué medida afecta a quienes se considera responsables de asegurar la protección y supervivencia de sus familias.

Al analizar las repercusiones del desempleo debemos ser cautos y no caer en la tentación de sobrestimar y generalizar acerca de lo que el trabajo realmente significa o provee. En este sentido, es fundamental tomar en consideración las experiencias previas de empleo, teniendo en cuenta que el trabajo —sobre todo ante la proliferación de formas “atípicas” de empleo— no necesariamente representa una actividad universalmente enriquecedora, capaz de brindar una estructura a la vida cotidiana y de garantizar lazos sociales como lo define Jahoda (1982). Por el contrario, para un porcentaje cada vez mayor de trabajadores, la vida cotidiana se divide —como lo señala Bourdieu (1972) en su estudio sobre Argelia— entre la búsqueda y la improvisación de trabajo, marcada por un fuerte sello de precariedad: sin horarios regulares ni lugar fijo de trabajo, en suma, por una profunda discontinuidad en tiempo y espacio. La calidad del empleo está altamente estratificada; una proporción creciente de empleos no presentan las características que suelen describir quienes ponen énfasis en sus efectos integradores, básicamente en lo que se refiere a oportunidades de aprendizaje, aporte de iniciativas, involucramiento en procesos de decisión, variedad y complejidad de las tareas realizadas. (Gallie, 2002).

En consecuencia, es preciso subrayar el carácter multidimensional, heterogéneo y dinámico de la experiencia del desempleo. Como distintos autores observan, el desempleo constituye un proceso dinámico y no una situación límite de carácter estático (Howe, 1990; Gallie y Paugam, 2000). Por otro lado, los desempleados no forman un grupo homogéneo ni una *underclass*³ con experiencias, valores y actitudes similares. Su heterogeneidad radica, entre otros factores, en sus diversos oríge-

³ Respecto a la utilidad del concepto *underclass* para analizar la experiencia del desempleo, véase Gallie, 1994.

nes sociales, experiencias laborales, niveles de calificación, edad, género, características del hogar al cual pertenecen y etapa del ciclo de vida familiar, así como en la estructura de oportunidades y constreñimientos que proveen los espacios locales en los que se hallan inmersos.

La extensión de la inseguridad laboral en las últimas décadas ha erosionado profundamente la posibilidad de una clara y nítida distinción entre empleo y desempleo. La frecuente combinación de desempleo y empleo precario genera numerosos problemas e interrogantes. La socialización del riesgo sobre grupos previamente integrados y sus efectos en la conformación de identidades sociales y ocupacionales exigen profundos esfuerzos de investigación cualitativa (Yépez del Castillo, 1994; Rubery, 1996). Esto plantea la necesidad de explorar las relaciones entre desempleo y otras formas de “subutilización” laboral, tales como el subempleo y el empleo informal. Son precisamente estos dos últimos mecanismos los que han recibido la mayor atención en las investigaciones sobre mercados de trabajo en América Latina; sin embargo, la complejidad y las dimensiones del problema del desempleo no sólo han sido subestimadas en las estadísticas oficiales, sino también en los estudios regionales, en los cuales se ha tendido alternativamente a percibir el desempleo como un “lujo” o a identificarlo con situaciones de pobreza.⁴

Sin embargo, el efecto recíproco existente entre pobreza y desempleo no debe llevarnos a concluir que ambos problemas necesariamente coinciden. Si bien la pérdida de ingresos del hogar resultante del desempleo de uno de sus miembros incrementa la vulnerabilidad a la pobreza, no todos los desempleados ni todos los hogares con un miembro desempleado son pobres. El impacto de la caída de los ingresos del hogar como consecuencia de la pérdida de empleo depende, entre otros factores, de la estructura del hogar, el estatus familiar del desempleado, su nivel previo de ingresos y la disponibilidad de otros recursos, por ejemplo, capital financiero (ahorros) o físico (vivienda, automóvil).

Los estudios sobre la experiencia del desempleo en Europa y Estados Unidos durante el periodo de entreguerras como resultado de la Gran Depresión (Bakke, 1933, 1940; Jahoda *et al.*, 1933; Komarovsky, 1949) revelan el efecto fuertemente disruptivo de la pérdida de empleo en contextos en los cuales —como es el caso

⁴ Hasta fines de los años setenta prevaleció en América Latina la tendencia a ver el desempleo como un problema escasamente relevante en la región. El subempleo fue considerado la principal forma de subutilización laboral entre los pobres urbanos, mientras que el desempleo con frecuencia se conceptualizó como un “lujo” de trabajadores secundarios (principalmente jóvenes) provenientes de sectores acomodados a la espera de encontrar un trabajo adecuado (PREALC, 1981). Como consecuencia de la crisis de los años ochenta, algunas investigaciones mostraron un panorama diferente: fueron los jefes de familia de hogares pobres, con bajos niveles educativos y de escasa calificación, previamente insertos en el mercado de trabajo, los más golpeados por el incremento en los niveles de desempleo abierto durante este periodo (Rodgers, 1989; PREALC, 1987, 1991; Infante, 1993; Humphrey, 1994).

argentino y de la mayor parte de América Latina— los mecanismos de protección social para los desempleados son muy débiles o inexistentes, y presentan además importantes “coincidencias” históricas. Como señala Esping-Andersen (2002), en la preocupación contemporánea por la exclusión social resuena el eco de la “cuestión social” que permeó los debates en los años treinta.

Durante este periodo, el desempleo se experimentó en un contexto de crisis económica e inestabilidad política. En la mayor parte de Europa continental y en Estados Unidos se produjo un colapso generalizado de los ahorros de la clase media, junto con la desaparición de numerosos negocios pequeños y medianos y la ruina de millones de agricultores y campesinos (Perry, 2000).

Como advierte Whiteside (1991), una perspectiva histórica del problema ayuda a romper con algunos de los mitos que actualmente envuelven al desempleo, tales como el crecimiento económico y la desregulación del mercado de trabajo como soluciones “automáticas” (y cuasimágicas) para “eliminarlo”. Nadie mejor que Polanyi (1957), casi cincuenta años atrás, supo interpretar los efectos demoledores del mito del “mercado autorregulado” sobre el tejido social.

El desempleo no representó una fuente importante de investigación sociológica durante los “años dorados” de la posguerra en términos del funcionamiento del mercado de trabajo, donde el pleno empleo y la seguridad laboral parecían constituir la norma. Desde los años cincuenta hasta fines de los setenta, la investigación se centró en los efectos de los cambios tecnológicos, sociales y culturales en las sociedades occidentales. La crisis del petróleo y el proceso de erosión de las “certezas” hasta entonces existentes en relación con el empleo en un contexto de creciente incertidumbre, inseguridad y desigualdad, marcaron en el decenio de 1980 una nueva fase en los estudios sobre desempleo en Europa y Estados Unidos. Éstos se centraron básicamente en los cambios y las continuidades en la experiencia del desempleo, y generaron un importante debate sobre la utilidad y las limitaciones de las categorías formuladas cinco décadas atrás. Los estudios europeos coinciden en que, en contraste con el periodo de entreguerras, el desarrollo y la profundización de los mecanismos de protección social ofrecidos por el Estado de bienestar lograron eliminar en gran medida el riesgo de destitución total ante situaciones de pérdida de empleo. De hecho, el desempleo, y particularmente el desempleo de largo lazo, ha desempeñado un papel fundamental en la política social europea, y el sistema de beneficios sociales es central para la definición misma del desempleo.⁵ Junto a la importancia de la pro-

⁵ La definición convencional en la mayor parte de los países europeos considera desempleado a todo aquel a quien el sistema de seguridad social reconoce como desempleado para el propósito de obtener beneficios (Gallie y Marsh, 1994).

tección social en la “desmercantilización” del trabajo (Esping-Andersen, 1990) —que supone disminuir la dependencia del mercado para evitar la destitución económica— estudios recientes destacan la importancia de las provisiones sociales por parte del Estado para contribuir a un proceso de “desfamiliarización”, mediante el cual el peso de las responsabilidades familiares tiende a socializarse; en otras palabras, disminuye la dependencia individual de la familia, lo que facilita la participación de sus miembros —sobre todo de las mujeres— en el mercado de trabajo (Esping-Andersen, 1999; Gallie y Paugam, 2000).

En claro contraste con esta perspectiva, el dismantelamiento de los mecanismos de protección social provistos por imperfectos Estados de bienestar de tipo bismarciano o corporativo (Esping-Andersen, 1990) en América Latina, sin que a la par se hayan generado redes de protección adecuadas a las nuevas —y precarias— realidades del mercado laboral, ha ido acompañado por el retorno a una perspectiva centrada en la familia como garante y responsable del bienestar de sus miembros.⁶ La reafirmación de la familia durante la depresión refleja el hecho de que la unidad familiar constituía la forma “menos costosa” para el Estado de proveer de vivienda, alimento y vestido a la clase trabajadora fuertemente golpeada (Perry, 2000). Cuando ni el Estado ni el mercado constituyen alternativas adecuadas para la provisión de bienestar, los hogares se ven obligados a producir su propio bienestar personal y social; sin embargo, esto de ninguna manera supone que dicho bienestar sea efectivamente garantizado (Esping-Andersen, 1999).

En contraste con las experiencias analizadas en los estudios europeos, el caso argentino presenta tres diferencias fundamentales. En primer lugar, en un contexto donde la existencia de derechos sociales estuvo ligada al empleo, y específicamente al empleo formal, las protecciones sociales para los desempleados son casi inexistentes. En segundo lugar, esta desprotección social hace que el desempleo de largo plazo sea un problema que, si bien ha tendido a incrementarse en ciertos grupos particularmente vulnerables, no presenta las mismas dimensiones que en los países europeos. En tercer lugar, el problema del desempleo no se localiza en determinadas áreas deprimidas: se produce en un contexto de crisis del conjunto de la estructura económica y ocupacional.

En tales circunstancias, los efectos disruptivos del desempleo y la inseguridad laboral adquieren dimensiones específicas, puesto que no son resultado de los ciclos económicos ni de cambios socioeconómicos graduales; se producen en un contexto

⁶ Una discusión acerca de las formas “alternativas” de provisión de bienestar que están surgiendo en la región frente al retiro del Estado y a las profundas transformaciones experimentadas en el mercado de trabajo puede verse en Bayón, Roberts y Saraví, 1998.

de desintegración de una estructura social relativamente bien establecida. Permean al conjunto de la sociedad, y adquieren sus mayores dimensiones en las áreas urbanas que se caracterizaron por un mayor dinamismo en términos de empleo y movilidad social.

La erosión de las certezas previas

[...] cuando yo me casé en el '68 era como que vos estabas de novio y una vez que conseguías laburo, el hombre conseguía laburo más que nada, te podías casar, porque era el trabajo para toda la vida... Entrar en una empresa era... ya está, solucioné mi vida, me voy jubilar después de trabajar treinta o cuarenta años en esta empresa [...]. Entonces nunca tenías la preocupación del trabajo, no tenías preocupación... y hoy no podés proyectar ni siquiera... no el mañana del futuro, el mañana de mañana viernes. Porque no sabés si vas estar o no vas a estar en el trabajo, si va a venir la inflación o si van a devaluar[...] (Nora, 52 años, desocupada.)

Las dimensiones y causas de la profunda crisis por la que atraviesa actualmente Argentina difícilmente pueden ser entendidas sin una perspectiva de más largo plazo que incorpore las principales características de su estructura socioeconómica, así como los procesos y políticas que condujeron a su profunda erosión en el presente escenario. Los últimos veinticinco años dan testimonio de un debilitamiento progresivo de sus mecanismos tradicionales de integración social, proceso que en la actualidad alcanza niveles alarmantes.

Hasta mediados de los años setenta, Argentina ocupó un lugar privilegiado en la región por sus niveles de desigualdad social y subutilización laboral relativamente bajos (en términos de desempleo y subempleo), su lento crecimiento demográfico, su extenso sistema de educación pública y una tradición laboral basada en el trabajo formal (PREALC, 1981; Beccaria y Orsatti, 1990; Beccaria, 1993; Llach y Llach, 1998; Altimir y Beccaria, 1999). La existencia de dinámicos canales de movilidad social ascendente, básicamente representados por el mercado de trabajo y la educación formal, permitió la consolidación de una extensa clase media y de un amplio proletariado urbano resultante de un rápido proceso de industrialización. Con excepción de la educación y los servicios de salud públicos, formalmente universales, la mayor parte de los beneficios de seguridad social —como el seguro de salud, los derechos previsionales y la provisión de vivienda— estaban ligados al empleo formal. El acceso a la protección social se dio en paralelo a una creciente regulación del mercado de trabajo que garantizaba parámetros relativamente establecidos en términos de estabilidad laboral, salarios mínimos y exigencias de seguridad e higiene. Ha-

cia mediados de los años setenta, Argentina presentaba niveles muy altos de protección social, tanto a nivel regional como internacional: los trabajadores asalariados protegidos por la legislación laboral representaban más del setenta por ciento de su fuerza de trabajo (Marshall, 1998). No obstante, la centralidad del estatus ocupacional ocasionó la exclusión de los trabajadores del sector informal del acceso a los derechos sociales (Bayón, Roberts y Saraví, 1998). Los bajos niveles de desempleo hasta la década de 1980 fueron acompañados por el supuesto de que el continuo crecimiento económico —basado en la industrialización por sustitución de importaciones— conduciría a un mercado de trabajo crecientemente formalizado (Martínez Nogueira, 1995). En efecto, la hasta hace poco popular frase *en este país no trabaja el que no quiere* proviene de este periodo (Grassi *et al.*, 1994).

Además de los mayores niveles de formalidad del empleo asalariado, el sector informal —en el contexto de un dinámico mercado interno y del crecimiento de las clases medias— no presentaba las características de “refugio” o subsistencia propias de otros países latinoamericanos. Por el contrario, se desarrolló un sector de cuenta-propismo con estabilidad e ingresos relativamente altos y niveles de productividad moderados (Marshall, 1978; Torrado, 1992; Beccaria, 1993; Gallart *et al.*, 1990, 1991; Cimillo, 2000).⁷ El trabajo no asalariado no implicó la exclusión de los cuenta-propistas de los estándares de vida de sus pares en actividades análogas en pequeñas y medianas empresas.⁸

A partir de 1975 comenzó a experimentarse un proceso de progresivo deterioro en las condiciones de empleo. El incremento de los niveles de desigualdad y pobreza, junto con el debilitamiento de los canales de movilidad social, produjo una creciente “latinoamericanización” del mercado de trabajo argentino. Durante los años ochenta, a pesar de la crisis económica, los niveles de desempleo se mantuvieron relativamente bajos en términos regionales. El ajuste del mercado de trabajo se concentró en una recomposición sectorial que, aunado a la reducción en términos absolutos del empleo industrial, se tradujo en una marcada precarización laboral. Fue precisamente la baja calidad del empleo generado, no la generación de empleo en sí misma, el principal problema laboral de la década. El mayor dinamismo se produjo en las

⁷ Entre mediados de los años cuarenta y 1970, prácticamente la mitad del crecimiento de las actividades por cuenta propia se debió al incremento del pequeño comercio y casi cinco de cada diez cuentapropistas pertenecían a la clase media (Torrado, 1992). Por otro lado, los bajos costos de reparación en relación con el precio de los bienes de consumo contribuyeron, durante este periodo, al crecimiento del autoempleo en actividades de reparación en mecánica, electricidad y artículos electrónicos entre la clase trabajadora (Marshall, 1978).

⁸ Datos censales de 1980 muestran que, en cuanto a vivienda, salud y otras necesidades básicas, los niveles de vida de los trabajadores por cuenta propia —provenientes tanto de los sectores medios como de la clase trabajadora— eran incluso mayores que los de sus pares en el empleo asalariado (Torrado, 1992).

pequeñas empresas —tanto formales como informales— y consistió principalmente en empleo no registrado en el sistema de seguridad social. Así, el empleo asalariado desprotegido se constituyó en la expresión más clara de la precarización.⁹

El proceso de desindustrialización agudizó la terciarización del empleo iniciada en el decenio de 1970.¹⁰ En contraste con lo sucedido en décadas anteriores, en la de 1980 el sector informal constituyó una “alternativa” o “amortiguador” frente al desempleo, y acercó el mercado de trabajo argentino al modo de operación característico de la mayoría de los países latinoamericanos. El crecimiento del trabajo por cuenta propia —que en el Gran Buenos Aires aumentó del 18.5 al 25 por ciento entre 1980 y 1989— fue resultado de la reducción en las oportunidades de empleo formal y de la profunda caída de los ingresos salariales. Los cambios experimentados en el sector informal afectaron no sólo su tamaño, sino también su composición. El cuentapropismo, tradicionalmente un sector relativamente próspero, fue incorporando de manera creciente a un amplio sector de trabajadores en actividades de refugio o subsistencia de baja productividad e ingresos, similares a las practicadas en el resto de América Latina. El crecimiento del empleo precario no sólo operó como el principal mecanismo de ajuste del mercado de trabajo, sino que contribuyó a aumentar la desigualdad en la distribución del ingreso durante la década.¹¹ La caída de los ingresos de los trabajadores por cuenta propia, así como el aumento del desempleo y de la vulnerabilidad a la pobreza en este segmento, comenzó a mostrar los límites del sector informal para absorber la fuerza de trabajo excedente (Cimillo, 2000).

En los años noventa no sólo se profundizaron las tendencias previas, sino que se implementó un nuevo modelo económico que cambió radicalmente las reglas del juego del modelo de industrialización por sustitución de importaciones y representó un quiebre definitivo con el pasado. Convertibilidad, desregulación y privatización constituyeron los ejes de la nueva estrategia económica. El “éxito”, en términos de control de la inflación, fue acompañado de niveles de desempleo, inseguridad laboral, pobreza y desigualdad social sin precedentes en la historia del país.

⁹ En el Gran Buenos Aires (GBA), el trabajo no registrado se incrementó del 19 al 29 por ciento entre 1974 y 1990, y el sector de servicios (básicamente de servicios sociales y personales) fue el principal generador de empleo asalariado, cuya participación se incrementó del 28.9 al 36.7 por ciento entre 1980 y 1990 (EPH-INDEC).

¹⁰ En el GBA, principal centro industrial del país, la participación de la manufactura en el empleo asalariado se desplomó del 41 por ciento en 1974 al 28 por ciento en 1990 (INDEC-EPH). El dinamismo en la generación de empleo respondió básicamente al incremento de actividades de baja productividad (17 por ciento) —sector informal y servicio doméstico— mientras que el empleo formal creció sólo el seis por ciento (Cimillo, 2000).

¹¹ El coeficiente de Gini (calculado con base en el ingreso *per capita* del hogar) se incrementó de 0.342 en 1974 a 0.447 en 1991 (Altimir y Beccaria, 1999).

Así, Argentina recibió el nuevo siglo con una estructura social y económica radicalmente transformada que, en contraste con la posición privilegiada de la que disfrutó hasta mediados de los años setenta, la transformó en un caso paradigmático de fracaso económico y en el más crudo experimento de ortodoxia económica durante los noventa.

En contraste con la década de 1980, los niveles de desempleo superaron ampliamente los del resto de América Latina. Si bien la mayor parte de los países de la región experimentaron incrementos en sus niveles de desempleo abierto como consecuencia del desaceleramiento en la creación de empleo frente a una oferta laboral creciente, el ajuste de sus mercados de trabajo se expresó básicamente en el crecimiento del subempleo y de empleos de baja productividad (OIT, 2000).

Los mayores niveles de desempleo en Argentina pueden ser atribuidos fundamentalmente a tres factores: la caída en la demanda de empleo, el aumento de la oferta de trabajo y la pérdida de dinamismo del sector informal (Beccaria y López, 1996b, Altimir y Beccaria, 1999; Cortés, 2000; Cimillo, 2000). A pesar del fuerte crecimiento económico experimentado durante los primeros años del decenio —básicamente entre 1991 y 1994—, el desempleo creció casi ininterrumpidamente desde 1991.¹²

Las reformas de la legislación laboral y la seguridad social fueron consideradas indispensables para el éxito de la nueva estrategia económica, además de sumamente rentables para el sector privado (Cortés y Marshall, 1999). La política laboral durante el periodo se basó en los conocidos principios de la ortodoxia neoliberal, según los cuales la reducción de los costos laborales y la mayor flexibilidad en el ingreso y la salida de trabajadores constituyen incentivos clave para la generación de empleo.¹³ Los cambios en la legislación laboral, sin embargo, tuvieron los efectos exactamente opuestos a los objetivos declarados por el gobierno. En lugar de promover el empleo registrado, las medidas orientadas a reducir las contribuciones

¹² Si bien podría haberse esperado que la expansión de la demanda interna entre 1991 y 1994 dinamizara la generación de empleo, la combinación de apertura comercial y sobrevaluación del tipo de cambio afectaron negativamente la demanda de trabajo en el sector de bienes transables. Las empresas incrementaron su inversión en bienes de capital, y redujeron la planta de trabajadores aun durante la corta fase expansiva, lo cual explica en parte la persistencia de altos niveles de desempleo incluso en periodos de crecimiento de la actividad económica. Al respecto, véanse Katz *et al.*, 1995; Marshall, 1997; Szretter, 1997; Fanelli y Frenkel, 1998; Szretter, 1997; Heymann, 2000.

¹³ Las sucesivas reformas experimentadas a partir de 1991 tendieron a reducir el costo laboral por la vía de las reducciones a las contribuciones patronales a la seguridad social, así como a los costos de despido y por accidentes de trabajo, además de flexibilizar el uso del tiempo de trabajo, descentralizar la negociación colectiva y reformular el papel de los convenios y el poder sindical (Golbert, 1997, 2000; Beccaria y López, 1996a y 1996b; Marshall, 1998; Cortés y Marshall, 1999; Altimir y Beccaria, 1999; Heymann, 2000).

patronales a la seguridad social y los costos de despido promovieron e intensificaron el deterioro progresivo en la calidad del empleo y la desprotección laboral durante toda la década.¹⁴ La ley de empleo aprobada en 1991 incorporó el seguro de desempleo, pero sólo limitado a ciertos segmentos del sector formal, lo que explica su escasa cobertura, que hacia fines de la década no superaba el seis por ciento de los desocupados (Altimir y Beccaria, 1999; Siempro, 2001).¹⁵

Lejos de estimular la generación de empleo, la erosión de los derechos laborales y el abaratamiento de los costos de la fuerza de trabajo fueron acompañados de un incremento dramático en los niveles de desempleo y del empleo precario (subempleo y empleo desprotegido). Entre 1990 y 2000, la tasa de desocupación abierta creció el 208 por ciento, el subempleo, 126 por ciento, y el empleo asalariado no registrado experimentó un incremento de 56 por ciento durante el mismo periodo. En 2000, cuatro de cada diez empleos asalariados no estaban registrados en el sistema de seguridad social, el 15.1 por ciento de los trabajadores estaban subempleados y el 15.2 por ciento desempleados (EPH, INDEC).

Por otro lado, el comportamiento del sector informal —especialmente el autoempleo— demostró una menor capacidad de absorción que en la década anterior, incrementando la vulnerabilidad a la exclusión del mercado de trabajo de amplios contingentes de trabajadores, básicamente aquellos de mediana edad y bajos niveles educativos.¹⁶ El mayor peso del empleo asalariado en las microempresas contribuyó a neutralizar la capacidad del empleo informal para contrabalancear la caída del empleo en el sector “moderno” de la economía, puesto que aquéllas tienden a ajustarse a los ciclos económicos de manera similar a las de mayor tamaño; es decir, eliminando fuerza de trabajo, contribuyendo de esta manera a exacerbar el proble-

¹⁴ Los efectos de la reforma laboral en el mercado de trabajo se tradujeron en una creciente precarización de los nuevos puestos de trabajo, lo que generó la sustitución de empleos estables por empleos temporales y de empleo protegido por empleo no registrado en el sistema de seguridad social (Marshall, 1997; Cortés y Marshall, 1999; Godio *et al.*, 1998; Altimir y Beccaria, 1999; Golbert, 2000).

¹⁵ Tienen derecho a solicitar el seguro de desempleo aquellos trabajadores despedidos sin causa justa de un empleo registrado y que hayan hecho aportaciones a la seguridad social durante al menos doce de los 36 meses previos al despido. El seguro ampara a los asalariados incluidos en la Ley de Contratos de Trabajo, por lo que excluye a los trabajadores de la construcción (que tienen su propio esquema), del servicio doméstico, del sector público y de las actividades rurales.

¹⁶ Entre 1990 y 2000, datos del Gran Buenos Aires muestran que la participación del empleo por cuenta propia en el sector informal se redujo del 40.2 al 35.5 por ciento, y el servicio doméstico del 20.9 al 17.7 por ciento; como resultado el empleo asalariado en microempresas incrementó su peso relativo del 27.8 al 37.7 por ciento, para convertirse en la categoría con mayor concentración dentro del sector informal luego de 1996, y representar un tercio del empleo asalariado total a finales de la década (EPH, INDEC). En la zona metropolitana se perdieron 154 000 puestos de trabajo por cuenta propia entre 1993 y 1997, lo que claramente excede los 95 000 autoempleos generados durante la década de 1980 (Cimillo, 2000).

ma de la destrucción de empleos. Cimillo (2000) señala que tanto la disminución de pequeños comercios (ante la expansión de grandes cadenas comerciales, sobre todo de supermercados) como la reducción de las oportunidades de empleo en ciertos servicios (como los de reparación frente al mayor acceso al crédito para adquirir bienes de consumo durables a principios de la década) mostraron la menor tolerancia del nuevo modelo económico a actividades de baja productividad.

El deterioro de la calidad del empleo entre los ocupados y la persistencia de altos niveles de desempleo en un contexto en que el acceso a protecciones sociales básicas estuvo tradicionalmente ligado al empleo formal se ha traducido en una creciente vulnerabilidad de amplios sectores de la población.¹⁷ A los paupérrimos ingresos que reciben los actuales pensionados se suma un número creciente de trabajadores que, debido a su inestabilidad laboral, bajos ingresos percibidos, o ambos, no pueden contribuir al sistema de seguridad social, un problema cuyas dimensiones serán todavía más alarmantes en los próximos años.¹⁸

El balance de los noventa en términos de pobreza y desigualdad es probablemente la expresión más clara de las repercusiones de diez años de convertibilidad en la estructura social argentina. Hacia fines de 2000, los niveles de pobreza —que afectaron a 20.4 por ciento de los hogares y a 29.4 por ciento de los individuos del Gran Buenos Aires— fueron los más altos desde 1991. A su vez, Argentina se ubicó entre los países de América Latina que experimentaron los más rápidos incrementos de la desigualdad durante la década: el coeficiente de Gini creció de 0.501 en 1990 a 0.530 en 1997, y llegó a 0.542 en 1999 (CEPAL, 2002).

Trabajo y desempleo: significados y percepciones

El concepto de desempleo difícilmente puede entenderse sin explorar los significados atribuidos al trabajo. Los diferentes modos en que el empleo y el desempleo son percibidos, y los significados ligados a éstos ciertamente afectan la experiencia de “estar sin trabajo”. La gente tiende a definir su situación de empleo de acuerdo con

¹⁷ El incremento de la vulnerabilidad al desempleo, a la pobreza y a la desprotección social durante los años noventa, desde la perspectiva de los activos de los hogares, y el cambio de la estructura de oportunidades provistas por el mercado, el Estado y la familia son analizados en Bayón y Saraví (2002).

¹⁸ Durante 2001, casi 1.3 millones de trabajadores dejaron de pagar sus contribuciones al sistema de seguridad social. En el primer trimestre de 2002, sólo uno de cada tres trabajadores registrados hizo efectivas sus contribuciones, lo que significa que, en el futuro, dos de cada tres trabajadores no tendrán derecho a obtener una pensión, o recibirán el mínimo legal (*Clarín*, 15 de abril de 2002). Estos datos sólo reflejan la situación de los trabajadores registrados; si sumamos a los no registrados, las perspectivas futuras son ciertamente alarmantes.

el tipo de actividad a la que se atribuye un verdadero valor. La percepción sobre el empleo no sólo se ve afectada por la experiencia laboral previa del individuo, sino también por la cultura y las tradiciones laborales propias de cada contexto social que permean la forma en que el empleo se define y percibe.

Como se ha señalado en las secciones previas, Argentina, y particularmente Buenos Aires, la zona de mayor concentración urbana e industrial del país se caracterizó históricamente por una fuerte tradición de empleo formal como condición de acceso a los derechos laborales básicos. Estos derechos, en un contexto de profundo deterioro del mercado laboral, aparecen como parte de una memoria colectiva que trasciende la experiencia laboral individual. Los derechos laborales están ligados al concepto mismo de trabajo aun entre aquellos trabajadores que nunca tuvieron un acceso pleno a los mismos:

[...] yo sabía que llegaba fin de mes, tenía mi plata, me enfermaba, tenía mi obra social, tenía dónde llevar a mis chicos cuando necesitaban médico, sabía que tenía aportes para mi jubilación, todas esas cosas. (Juana, 49 años, desempleada.)

El trabajo está asociado a la idea de estabilidad y a un mínimo nivel de derechos que deben ser respetados. Hay ciertas obligaciones formales asociadas al empleo que afectan no sólo la percepción acerca de qué es un *buen trabajo*, sino la definición misma de trabajo y pertenencia social.

[...] lo que pasa es que no sé si se puede llegar a considerar... yo no lo considero trabajo, ¿no?, en una época yo había estudiado peluquería... y ahí a veces así venían algunas vecinas del barrio [...]; *no lo considero trabajo desde el momento que yo no lo legalicé*, no tuve aportes para el fisco [...]; *lo consideraba una changa, lo que vulgarmente se llama changa, trabajo precario*. (Graciela, 39 años, desempleada.)

[...]quiero tener mi obra social, no quiero que me sienten en una silla el día de mañana y ser una vieja estorbada, *quiero ir a la par de la sociedad*. (Marcela, 46 años, tejedora por cuenta propia.)

El umbral de derechos más allá del cual la dignidad como trabajador comienza a erosionarse se torna altamente flexible en un contexto de reducidas oportunidades de empleo. El efecto disciplinario del desempleo y la inestabilidad laboral sobre la fuerza de trabajo se expresa en sentimientos de indefensión frente a las demandas patronales y da como resultado conductas adaptativas frente a condiciones de trabajo consideradas injustas. Así, a la flexibilidad “formal” producto de los cambios en

la legislación laboral se suma una flexibilidad “de hecho” cuya resultante es un mercado de trabajo con niveles de precariedad alarmantes.

Antes ibas al sindicato... ponete, si trabajabas en una fábrica, trabajarías donde trabajarías siempre había un representante que te... hablaba por los trabajadores, pero en este momento no, no sirve para nada, por más que haya un delegado en una fábrica o sea comercio, lo que sea, no te respetan, no sirve para nada [...] (Anselmo, 43 años.)

Al principio me sentí mal, después ya lo vas tomando como una cosa de todos los días [...] Si te dicen: “venga a las cuatro de la mañana”, vas a ir a las cuatro de la mañana, si te tenés que quedar hasta las diez de la noche, te vas a quedar hasta las diez de la noche, y uno trata de hacerlo lo mejor posible. (Luis, 49 años.)

Los trabajos temporales a cambio de ingresos sumamente escasos se han acompañado de periodos más largos de desempleo. Las trayectorias laborales de los trabajadores asalariados en el sector formal son una clara expresión del deterioro y la desaparición de empleos durante la última década: quiebres y cierres de empresas, despidos masivos, empleos temporales o por medio de agencias, etcétera. A partir de 1998, la recesión económica agudizó drásticamente estos procesos. Los empleos que se obtienen —cuando se logra conseguir uno— no garantizan ni siquiera niveles básicos de supervivencia.

Luego de doce años como operario en una fábrica de cerámicos que empleaba a 1300 trabajadores, Orlando (44 años) fue despedido en 1996, cuando la empresa se declaró en quiebra.

Nada, nada, no nos indemnizaron, nada, nada..., ahí terminó... ellos decían que tenían una deuda con el banco y le remataron, todo, todo... Después que quebró estuve un año sin conseguir nada, totalmente parado... Y después changas, changas, así nomás, changas de construcción... En el '98, me había anotado en una agencia acá en Lanús, ya ahí ya todo por agencia. Me salió un trabajo allá en Ezeiza... En una fábrica de plásticos, se hacía el polvo para hacer el plástico y ahí estuve un año... ahí éramos doce... Y pasó lo mismo que pasó acá [...]. Cerró también la fábrica... No, no me indemnizaron, como yo estaba por agencia no... Todos quedamos otra vez en la calle... y ahí del '99 para adelante... ahí ya no[...]; yo ahora ando así, de ahí en adelante así, buscando trabajo, como no hay nada, no se consigue [...]. Y el último trabajo que hice hará veinte días que estuve haciendo así, la construcción acá, en una casa, de albañil... Y ahora no, no tengo... Nada, no, por ahora nada, nada, nada... está muy difícil.

La creciente dificultad para obtener “changas” entre los trabajadores por cuenta propia y los alarmantes niveles de inseguridad laboral entre los asalariados explican la importancia atribuida a la estabilidad. La existencia al menos de un miembro del hogar con un empleo relativamente estable, aun cuando los ingresos percibidos sean bajos, representa un recurso altamente valorado, puesto que contribuye a reducir la incertidumbre respecto a la satisfacción de las necesidades más inmediatas. A los altos índices de desempleo abierto que registran las estadísticas oficiales se suma la sensación de permanente vulnerabilidad al desempleo, una de las percepciones más significativas y generalizadas en el actual escenario económico.

[...]yo sabía que todos los días yo me levantaba, iba a trabajar, es un trabajo que yo pensé que era para toda la vida, de jubilarme ahí... de que a mis hijos no les falte nada, de tener a lo mejor lo que yo no tuve, de darles más de lo que mis viejos me dieron a mí. [...]. Pero vos ahora vas a un laburo y capaz que te hacen laburar doce horas, catorce... y no ganás nada y están atrás tuyo “que dale y que dale y que dale”, o te toman a prueba tres meses y ¡después pum! te despiden porque no te aportan la jubilación que es lo más importante de todo. (Ricardo, 43 años.)

El desempleo “desde adentro”

Definir el desempleo “desde adentro” claramente revela la complejidad del fenómeno, que ciertamente trasciende las definiciones usadas convencionalmente en las estadísticas oficiales. Una exploración del problema desde la perspectiva de quienes lo experimentan reafirma que las fronteras entre empleo y desempleo en un escenario de incertidumbre y precariedad laboral generalizada son sumamente borrosas.

Los desempleados no son sólo quienes *no tienen trabajo y lo buscan activamente*. Otros problemas de empleo, como el desaliento, el subempleo, los empleos temporales, las “changas” y, en términos generales, la mayoría de las situaciones laborales precarias e inestables se perciben como desempleo.

El subempleo supone algo más que trabajar a tiempo parcial “involuntariamente”. En primer lugar, no todos están desempleados “tiempo completo”. Por otro lado, tener un empleo precario no se entiende necesariamente como sinónimo de estar empleado.

El término medio me considero, *medio desocupado y medio trabajando* porque... yo trabajo el viernes, el sábado, el domingo y a veces el lunes o el martes, cuatro días nada más, ¿y después qué hago?... Y el resto del tiempo y yo ando mirando a ver si

hay otra cosa como para trabajar todos los días. (Gustavo, 29 años, repartidor en una pizzería.)

[...] capaz que tres, cuatro meses, unas changuitas, como ahora estuve hasta hace poco haciendo los pullovers para los vigiladores... ¡pero que ya se terminó la temporada, ya no tengo trabajo [...]! *ahora ya no tengo trabajo, ¿viste? estoy desocupado [...]. Claro, hago changas, ésa es la palabra, hago changas, no se cómo le llama, ¿subocupación?... Estoy subocupado, porque no hago aportes jubilatorios, porque no tengo obra social... (y con esas changas)... sobrevivo.* (Damián, 54 años, tejedor.)

Los múltiples mecanismos de búsqueda de empleo ensayados por los trabajadores entrevistados y los largos periodos invertidos en la misma ciertamente ponen en duda un aspecto central en la definición del desempleo: la búsqueda *activa* de empleo. La búsqueda de empleo, *cuando no hay trabajo*, es probablemente una de las experiencias más frustrantes que los desempleados deben enfrentar. Ésta es una de las más crudas —y muchas veces humillantes— *experiencias del mercado*, en las que se padece una confrontación cotidiana con las nuevas —y precarias— realidades del mercado de trabajo. En un contexto de alto desempleo, los mecanismos tradicionales para obtener un empleo, como los avisos en los periódicos y el uso de redes sociales, pierden efectividad. A su vez, la ausencia de instancias públicas capaces de proveer información y orientación para la búsqueda de empleo hacen de ésta una experiencia enteramente individual.¹⁹

[...] Buscaba por el diario..., por conocidos, por..., de todas formas, de todas formas, tiré el gancho de todas maneras [...]. Y en estos últimos dos años... mirá, más que nada conseguir lo único que conseguí fueron frustraciones y hacerme mala sangre, porque cada vez que salía, cada vez que salía me hacía más... por una razón o por otra me hacía mala sangre [...]; no quiero entrar de nuevo, tocar de nuevo esa tecla, digamos, que me pueda hacer empezar a hacerme bajonear de nuevo. Yo ya eso lo superé, no quiero volver otra vez sobre mis pasos, ¿viste? (Omar, 36 años.)

¹⁹ El capital social es importante no sólo para obtener un empleo, sino respecto al tipo y calidad del empleo al que se puede tener acceso (Granovetter, 1973, 1974; Coleman, 1991). La efectividad de los recursos sociales se ve fuertemente afectada por el contexto en el que éstos deben movilizarse. Entre otros factores, el dinamismo en la generación de empleos y el grado de regulación pública del mercado de trabajo —respecto al papel del Estado en la promoción del “encuentro” (*matching*) entre quienes buscan empleo y los empleos disponibles— tienen un peso decisivo en el rol y la importancia del capital social (Barbieri, Paugam y Russell, 2000).

La mayor parte de los entrevistados coinciden en el desfase entre la excesiva selectividad de las políticas de reclutamiento de empleo de las empresas y el tipo de trabajos ofrecidos. El más evidente —y desalentador— de estos criterios es la edad. En efecto, la discriminación por edad constituye una experiencia compartida entre los buscadores de empleo. Si bien varios estudios destacan la existencia de una relación negativa entre edad y posibilidades de obtener un empleo, especialmente entre quienes se acercan a la edad de retiro²⁰, los desempleados en Argentina parecen experimentar un proceso de “envejecimiento prematuro”: son “viejos” quienes superaron los treinta años.

No importa la experiencia, arriba de 35 años sos un viejo en la Argentina [...]. Hasta los treinta, 35, después de los 35 te quedaste sin trabajo y sos un jubilado joven... para jubilarte sos joven y para trabajar sos viejo... Entonces, ¿qué hacés?, ¿qué opción tenés? Ninguna [...] es lo mismo que te peguen un tiro en el medio de la cabeza, porque vos vas con todas las pilas y te dice un chico de veinticinco años: “Usted no sirve para el trabajo porque es viejo”, y te matan. (Luis, 49 años.)

Si bien los mayores niveles educativos de ninguna manera garantizan la obtención de un empleo, la falta de credenciales obstaculiza incluso la posibilidad de conseguir los trabajos menos “enriquecedores” (*dead-end jobs*):

[...]hasta para tareas de limpieza te piden el ciclo básico, hasta tercer año (de secundaria), yo digo para qué tercer año, para ir a limpiar mingitorios. Yo no los entiendo, yo creo que no necesitás un tercer año para ir a limpiar un mingitorio. (Ricardo, 43 años.)

La pérdida de empleo no necesariamente representa un punto de quiebre en las trayectorias laborales de los afectados. Para aquellos con trayectorias más inestables, con repetidos periodos de desempleo durante sus historias laborales, el desempleo es como una “caída” que requiere una “recuperación” inmediata. En contraste, la pérdida de un empleo estable luego de un largo periodo de trabajo continuado —a veces décadas— no sólo representa un golpe, sino también un proceso de pérdidas acumulativas en el plano individual y en el social.

En un contexto en el que el trabajo formal constituyó el principal mecanismo de integración social, su pérdida se percibe como exclusión y degradación, y no pocas veces se acompaña de sentimientos de autodevaluación.

²⁰ Véanse Gallie y Vogler, 1994; Barbieri, Paugam y Russell, 2000; Bernardi *et al.*, 2000.

[...] para mí que me hayan quitado la dignidad, porque para mí en este país *te quitan la dignidad* absolutamente cuando te sacan el trabajo, no sos nada, nada, nada [...]; sentís como que *ya no pertenecés a la sociedad, que no sos nada, que no servís para nada*. (Nora, 52 años).

El desempleo emerge como sinónimo de destitución social, de *estar fuera del sistema*, situación que se vuelve particularmente dramática para quienes, por su edad, las posibilidades de una reinserción relativamente estable en el mercado de trabajo son extremadamente difíciles. Aquellos que ante la imposibilidad de reincorporarse al sector formal “optaron” por el cuentapropismo, a través de la instalación de pequeños comercios —que alguna vez representaron alternativas de movilidad ascendente entre las clases medias—, experimentaron profundos fracasos que en general produjeron el agotamiento de los pocos recursos disponibles.

Con el maxi-kiosco de entrada anduvimos bárbaro, porque no había ninguno, se trabajaba bien... pero después a medida que fue pasando el tiempo se fueron poniendo otros locales y llegó un momento que éramos cuatro en la cuadra, entonces [...]. No daba los números por los costos, tenía dos mil pesos de alquiler, que la luz, el gas, el teléfono [...] llegó un momento que... empezó a andar mal, me robaron, que sé yo, y bueno, lo vendí [...]. Después abrimos un negocio de pollos [...] ahí aprendí a hacer milanesas, aprendí a hacer, a deshuesar un pollo, aprendí a hacer todo lo relacionado con pollo [...]; no nos fue nada bien, encima nos robaron [...]; ahora yo alquilo un auto para taxi y... pero lo tengo a cargo, o sea, las veinticuatro horas con..., lógicamente no trabajo veinticuatro, trabajo veintiuna [...]. Y depende, hay días que puedo traer veinte pesos, hay días que traigo diez, treinta [...] y no trabajaba el domingo porque más o menos andaba, ahora tengo que salir los domingos porque en la semana [...]. (Marcelo, 52 años.)

La frustrante experiencia del mercado se conjunta con una casi inexistente red de protección social frente a los “infortunios” del mercado de trabajo. Esta desprotección no sólo incrementa la vulnerabilidad a la pobreza, sino que deja a amplios segmentos de la población, previamente “integrados”, sin posibilidades de acceso a los servicios y beneficios sociales tradicionalmente ligados al empleo formal.

[...]el gobierno dice: salen los planes “Trabajar”, los planes de esto, los planes de lo otro, pero se creen que los desocupados están solamente en las clases bajas, y yo creo que eso lo hacen con una intencionalidad de voto, porque yo no soy clase baja y también estoy sin trabajo [...]. *Entonces, es como que a nosotros nos tienen ahí en el medio, nos dejan así, a la buena de dios [...]. Por eso yo sí, me siento desprotegido*. (Omar, 36 años).

[...] *nosotros estamos completamente desprovistos de todo*, tenemos la casa, pero yo no me puedo comer un ladrillo, no me puedo comer la cocina ni el televisor... no tenemos servicios de salud, no estamos aportando [...]; tenía una prepaga y me tuve que borrar porque estaba pagando casi doscientos pesos [...]; yo le dije a mi marido “no te hagas problema, me voy al hospital”, pero claro a él lo desespera el hecho de que tenga que ir al hospital, tener que hacer todas esas colas, que te atienden mal, bancarte todo eso, porque también la gente del hospital, pobre gente, también ganan mal y tiene sus propios problemas[...]. (Violeta, 41 años.)

El profundo deterioro del mercado de trabajo ha erosionado la centralidad del empleo y la educación formal como mecanismos básicos de movilidad social. Las percepciones respecto al futuro son particularmente sombrías en los sectores de la empobrecida clase media, que perciben su continua caída y la ausencia de oportunidades de movilidad social como un proceso irreversible.

Negro, negro, (el futuro) lo veo negro porque no tengo ninguna..., no veo ninguna luz en el camino, digámoslo metafóricamente, ¿no? Imaginate un túnel, ves la luz, quiere decir que el túnel se va a terminar, pero no veo luz allá, quiere decir que el túnel va a seguir y seguir, porque no hay, no hay ninguna mira de nada... (Marcelo, 52 años.)

Me gustaría pensar que va a cambiar... Hoy convengamos que es todo muy caótico, cada vez... Si vos decís: si ahora estoy así, hace unos meses no estaba así, no, estoy peor. Entonces, ¿qué me pasa?, ¿para las fiestas tendré algo para poner en la mesa?, ¿qué pasará la navidad que viene?, ¿qué pasará para las nuevas generaciones? ¿Qué vida van a tener mis hijos? ¿Qué vida van a tener mis nietos? ¿Qué hay que hacer? [...] Porque se terminó que el país era rico, que genera riqueza, que están las vaquitas y que genera leche[...]. (Marisa, 41 años.)

[...] *el tema es que los que están mal, los que siempre estuvieron mal ahora están peor y los que estaban más o menos bien ahora están de terror*[...]. (Estela, 40 años.)

Conclusiones

En contraste con la posición privilegiada en el contexto latinoamericano que caracterizó a la sociedad argentina hasta mediados de los años setenta, hacia fines de los noventa el país se constituyó en un caso paradigmático de fracaso económico y en el más crudo experimento de ortodoxia económica neoliberal.

El empleo formal y estable y los beneficios sociales ligados a éste fueron reemplazados por altísimos niveles de desempleo, la extensión de la inseguridad laboral y el desmantelamiento de los mecanismos de protección social.

Los efectos disruptivos del desempleo tanto en el plano individual como en el social adquieren dimensiones específicas frente al desvanecimiento de los marcos de referencia antes existentes para pensar el trabajo, la pertenencia y la movilidad social. Es en este contexto en el que deben entenderse los sentimientos de destitución y desamparo social, *el estar fuera del sistema*. La falta de expectativas y el marcado escepticismo respecto al futuro adquieren formas distintas en términos generacionales. Para las generaciones maduras, el escepticismo y la frustración provienen del derrumbe de sus parámetros de realidad: una sociedad dinámica donde “trabajar duro” y la educación formal representaban oportunidades reales de movilidad social. Para las generaciones más jóvenes, la desesperanza proviene de la incertidumbre acerca de qué es lo que realmente significa “pertenecer” o ser parte de la sociedad.

El análisis de las trayectorias laborales en los sectores de menores ingresos ofrece una clara evidencia de que las “estrategias” tradicionales para afrontar la inestabilidad laboral han dejado de ser efectivas. En los sectores medios, el desempleo representa un punto de ruptura que marca un proceso de movilidad social descendente y que en la mayor parte de los casos parece irreversible.

En medio de la heterogeneidad de las respuestas ensayadas por los hogares de diversos sectores sociales surge un elemento común a todas ellas: la dramática presión que experimentan los hogares como consecuencia de la falta de protección por parte del Estado y de las escasas oportunidades de empleo que ofrece el mercado de trabajo. Esta presión no sólo ocasiona el progresivo agotamiento de recursos y el deterioro de las condiciones de vida de amplios sectores de la población; además introduce nuevas fuentes de conflicto a medida que las concepciones tradicionales sobre el empleo y los roles domésticos son puestos en tela de juicio por las nuevas y crudas realidades del mercado de trabajo.

Si, como algunos autores argumentan, la falta de protección social frente al desempleo supone “morir de hambre a menos que uno pueda obtener algún tipo de ayuda de familiares o amigos” (Roberts, 1989, p.356), la generación de nuevos mecanismos de protección social por parte del Estado es apremiante en un contexto en el que ni familiares ni amigos (muchos de ellos también desempleados) representan alternativas a la provisión de niveles mínimos de bienestar.

En un contexto de vulnerabilidad laboral generalizada, queda claro que los mecanismos de protección social no pueden limitarse a políticas “focalizadas” o “residuales”. A diferencia de lo que plantea la visión neoliberal inspiradora de las reformas en América Latina, el establecimiento de garantías mínimas de bienestar social no es un problema individualizado y contingente, sino que, por el contrario, constituye un problema político o “sistémico”, ligado a una visión integral del desarrollo (Haagh, 2002), que supone redefinir la distribución de los riesgos sociales. Si bien

el empleo constituye una precondition para mejorar la situación de los sectores más desfavorecidos, éste en sí mismo no resuelve los problemas de inclusión social, por lo que los parámetros para pensar (y garantizar) la pertenencia social no pueden seguir sustentándose en categorías ocupacionales hoy profundamente desgastadas. Por el contrario, se requiere la individualización de los derechos sociales a través del establecimiento de provisiones universales que garanticen, a todos los ciudadanos, el acceso a servicios básicos, capacitación e ingreso mínimo a fin de evitar la persistencia de situaciones de pobreza y la acumulación de desventajas durante el curso de vida, que potencian los riesgos de exclusión social.

Bibliografía

- Altimir, O. y L. Beccaria, 1999, *El mercado de trabajo bajo el nuevo régimen económico en Argentina*, Santiago de Chile, CEPAL (Reformas Económicas, 28).
- Bakke, E.W, 1933, *The Unemployed Man: A Social Study*, Londres, Nisbet.
- , 1940, *Citizen without Work*, New Haven, Yale University Press.
- Barbieri, P., S. Paugam y H. Russell, 2000, “Social Capital and Exits from Unemployment”, en D. Gallie y S. Paugam (comps.), *Welfare Regimes and the Experience of Unemployment in Europe*, Nueva York, Oxford University Press.
- Bayón, M.C., 2002, *Coping with Job Insecurity: The Experience of Unemployment in Contemporary Argentina*, tesis de doctorado, Universidad de Texas en Austin.
- Bayón, M.C., B. Roberts y G. Saraví, 1998, “Ciudadanía social y sector informal en América Latina”, *Perfiles Latinoamericanos*, núm. 13 (diciembre), pp. 73–111.
- Bayón, M.C. y G. Saraví, 2002, “Vulnerabilidad social en la Argentina de los años noventa: impactos de la crisis en el Gran Buenos Aires”, en R. Katzman y G. Wormald (coords.), *Trabajo y ciudadanía. Los cambiantes rostros de la integración y la exclusión social en cuatro áreas metropolitanas de América Latina*, Montevideo, Cebra.
- Beccaria, L., 1993, “Reestructuración, empleo y salarios en la Argentina”, en B. Kosacoff (comp.), *El desafío de la competitividad. La industria argentina en transformación*, Buenos Aires, Alianza Editorial/CEPAL.

- Beccaria, L. y A. Orsatti, 1990, “Precarización laboral y estructura productiva en la Argentina: 1974–1988”, en P. Galín y M. Novick (comps.) *La precarización del empleo en la Argentina*, Buenos Aires, CEAL/CIAT/Clacso.
- Beccaria, L. y N. López, 1996a, “El debilitamiento de los mecanismos de integración social”, en L. Beccaria y N. López (comps.), *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina*, Buenos Aires, Unicef / Losada.
- , 1996b, “Notas sobre el comportamiento del mercado de trabajo urbano”, en L. Beccaria y N. López (comps.), *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina*, Buenos Aires, Unicef/Losada.
- Bernardi, F., R. Layte, A. Schizzerotto y S. Jacobs, 2000, “Who Exits Unemployment? Institutional Features, Individual Characteristics, and Chances of Getting a Job. A Comparison of Britain and Italy”, en D. Gallie y S. Paugam (comps.) *Welfare Regimes and the Experience of Unemployment in Europe*, Nueva York, Oxford University Press.
- Bisang, R., G. Burachick y J. Katz, 1995, *Hacia un nuevo modelo de organización industrial*, Buenos Aires, Alianza Editorial/CEPAL
- Bourdieu, P., 1972, *Algeria 1960. The Disenchantment of the World, the Sense of Honor, the Kabyle House or the World Reversed*, Cambridge, GB, Cambridge University Press.
- CEPAL, 2002, *Panorama social de América Latina 2001–2002*, Santiago de Chile, CEPAL/Naciones Unidas.
- Cimillo, E., 2000, “Empleo e ingresos en el sector informal en una economía abierta: el caso argentino”, en J. Carpio, E. Klein e I. Novacovsky (comps.), *Informalidad y exclusión social*, Buenos Aires, FCE/OIT/Siempro.
- Coleman, J., 1991, “Matching Processes in the Labor Market”, en *Acta Sociologica*, vol. 34, pp. 3–12.
- Cortés, R., 2000, “Argentina: La calidad del empleo femenino urbano en los noventa”, en M. Valenzuela y G. Reinecke (comps.) *¿Más y mejores empleos para las mujeres? La experiencia de los países del Mercosur y Chile*, Santiago de Chile, OIT.
- Cortés, R. y A. Marshall, 1999, “Estrategia económica, instituciones y negociación política en la reforma social de los '90”, *Desarrollo Económico*, vol. 39, núm. 154, pp. 195–212.

- Esping-Andersen, G., 1990, *The Three Worlds of Welfare Capitalism*, Cambridge, GB, Polity Press.
- , 1999, *Social Foundations of Postindustrial Economies*, Nueva York, Oxford University Press.
- , 2002, “Towards a Good Society, Once Again?”, en G. Esping-Andersen *et al.*, *Why We Need a New Welfare State?*, Nueva York, Oxford University Press.
- Fanelli, J. y R. Frenkel, 1998, “The Argentine Experience with Stabilization and Structural Reform”, *Estudios de Política Económica y Finanzas. Revista de la Universidad de Palermo*, vol. 1, núm. 1.
- Gallart, M., M. Moreno y M. Cerruti, 1990, “Estrategias laborales de los trabajadores por cuenta propia del area metropolitana de Buenos Aires”, en P. Galín y M. Novick (comps.) *La precarización del empleo en la Argentina*, Buenos Aires, CEAL / CIAT / Clacso.
- , 1991, *Los trabajadores por cuenta propia del Gran Buenos Aires: sus estrategias educativas y ocupacionales*, Buenos Aires, CENEP.
- Gallie, D., 1994, “Are the Unemployed an Underclass? Some Evidence from the Social Change and Economic Life Initiative”, *Sociology*, vol. 28, núm. 3, pp. 737-758.
- , 2002. “The Quality of Working Life in Welfare Strategy”, en G. Esping-Andersen *et al.*, *Why We Need a New Welfare State?*, Nueva York, Oxford University Press.
- Gallie, D., C. Marsh y C. Vogler (comps.), 1994. *Social Change and the Experience of Unemployment*, Oxford, Oxford University Press.
- Gallie, D., S. Jacobs, y S. Paugam, 2000, “Poverty and Financial Hardship among the Unemployed”, en D. Gallie y S. Paugam (comps.), *Welfare Regimes and the Experience of Unemployment in Europe*, Nueva York, Oxford University Press.
- Gallie, D. y C. Marsh, 1994, “The Experience of Unemployment”, en D. Gallie, C. Marsh y C. Vogler (comps.), *Social Change and the Experience of Unemployment*, Oxford, Oxford University Press.
- Gallie, D. y C. Vogler, 1994, “Unemployment and Attitudes to Work”, en D. Gallie, C. Marsh y C. Vogler (comps.) *Social Change and the Experience of Unemployment*, Oxford, Oxford University Press.

- Gallie, D. y S. Paugam, 2000, "The Experience of Unemployment in Europe: The Debate", en D. Gallie y S. Paugam (comps.), *Welfare Regimes and the Experience of Unemployment in Europe*, Nueva York, Oxford University Press.
- Godio, J., R. Cortina, S. Rizzi y A. Robles, 1998, *La incertidumbre del trabajo: ¿Qué se esconde detrás del debate sobre la estabilidad laboral en Argentina?*, Buenos Aires, Corregidor.
- Golbert, L., 1997, *La protección al desempleado: Una cuestión pendiente*, Buenos Aires, Fundación CECE. (Estudios 19).
- , 2000, "The Social Agenda in Argentina: A Review of Retirement and Employment Policies", en J. Tulchin y A. Garland (comps.), *Social Development in Latin America. The Politics of Reform*, Boulder, Lynne Rienner Publishers.
- Granovetter, M., 1973, "The Strength of Weak Ties", *American Sociological Review*, vol. 18, pp. 1360–1380
- , 1974, *Getting a Job. A Study of Contacts and Careers*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- Grassi, E., S. Hintze y M. Neufeld, 1994, *Políticas sociales, crisis y ajuste estructural*, Buenos Aires, Espacio Editorial.
- Haagh, L., 2002, "Introduction: Markets and Rights in the Governance of Welfare—Latin America's Market Reforms", en L. Haagh y C. Helgo (comps.), *Social Policy Reform and Market Governance in Latin America*, Nueva York, Palgrave Macmillan (St. Antony's College, Oxford).
- Heymann, D., 2000, *Políticas de reforma y comportamiento macroeconómico: la Argentina en los noventa*, Santiago de Chile: CEPAL (Reformas Económicas, 61).
- Howe, L., 1990, *Being Unemployed in Northern Ireland. An Ethnographic Study*. Cambridge, GB, Cambridge University Press.
- Humphrey, J., 1994, "Are the Unemployed Part of the Urban Poverty Problem in Latin America?", *Journal of Latin American Studies*, vol. 26, pp. 713–736.
- Infante, R., 1993, "Labor Market, Urban Poverty and Adjustment: New Challenges and Policy Options", ponencia presentada en el simposio *Poverty: New Approaches to Analysis and Policy*, International Institute for Labor Studies, ILO, Ginebra, 22–23 de noviembre.

- Jahoda, M., 1982, *Employment and Unemployment: A Social Psychological Analysis*, Cambridge, GB, Cambridge University Press.
- Jahoda, M., P. Lazarsfeld y H. Zeisel, 1972 (1933), *Marienthal: The Sociology of an Unemployed Community*, Londres, Tavistock.
- Kessler, G., 2000, “Redefinición del mundo social en tiempos de cambio. Una tipología para la experiencia de empobrecimiento”, en M. Svampa (comp.), *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Buenos Aires, Biblos.
- Komarovsky, M., 1940, *The Unemployed Man and his Family*, Nueva York, Octagon.
- Llach, J. y L. Llach, 1998, “Cancelando la hipoteca. Hiperinflación, reforma de la economía, empleo y desempleo en la Argentina de los 90”, ponencia presentada en la conferencia *Mercado de trabajo: entre la solidaridad y la lealtad*, BID, Montevideo, 3–4 de marzo de 1998.
- Marshall, A., 1978, *El mercado de trabajo en el capitalismo periférico. El caso de Argentina*, Buenos Aires, PISPAL/CLACSO.
- , 1997, *State, Labor Market Intervention in Argentina, Chile and Uruguay: Common Model, Different Versions*, Ginebra, ILO (Employment and Training Papers, 10).
- , 1998, “State Intervention, the Labor Market and Inequality in Argentina”, en A. Berry (comp.) *Poverty, Economic Reform, and Income Distribution in Latin America*, Boulder, Lynne Rienner Publishers.
- Martínez Nogueira, R., 1995, “Los programas de combate a la pobreza en Argentina”, en D. Razcynski (comp.), *Estrategias para combatir la pobreza en América Latina: Programas, instituciones y recursos*, Santiago de Chile, CIEPLAN/BID.
- OIT (Organización Internacional del Trabajo), 2000, *Panorama laboral 2000. América Latina y el Caribe*, Lima, OIT.
- Perry, M., 2000, *Bread and Work. The Experience of Unemployment, 1918–39*, Londres, Pluto Press.
- Polanyi, K., 1957, *The Great Transformation. The Political and Economic Origins of Our Time*, Boston, Beacon Press.
- PREALC, 1981, *Dinámica del subempleo en América Latina*, Santiago de Chile, PREALC.

- , 1987, *Ajuste y deuda social. Un enfoque estructural*, Santiago de Chile, PREALC.
- , 1991, *Empleo y equidad. El desafío de los 90*, Santiago de Chile, PREALC.
- Roberts, B., 1989, “The Other Working Class: Uncommitted Labor in Britain, Spain, and Mexico”, en M. Kohn (comp.), *Cross-National Research in Sociology*, Londres, Sage Publications.
- Rodgers, G., 1989, “Introduction: Trends in Urban Poverty and Labor Market Access”, en G. Rodgers (comp.) *Urban Poverty and the Labour Market: Access to Jobs and Incomes in Asian and Latin American Cities*, Ginebra, ILO.
- Rubery, J., 1996, “The Labor Market Outlook and the Outlook for Labor Market Analysis”, en R. Crompton, D. Gallie y K. Purcell (comps.), *Changing Forms of Employment. Organizations, Skills and Gender*, Londres, Routledge.
- Siempro, 2001, *El desempleo urbano*, Buenos Aires, Siempro (Informe de Situación Social, 12).
- Szretter, H., 1997, “Argentina: Costo laboral y ventajas competitivas de la industria, 1985–1995”, en E. Amdeo *et al.*, *Costos laborales y competitividad industrial en América Latina*, Lima, ILO.
- Torrado, S., 1992, *Estructura social de la Argentina: 1945–1983*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor.
- Yépez del Castillo, I., 1994, “A Comparative Approach to Social Exclusion: Lessons from France and Belgium”, *International Labour Review*, vol. 133, núms. 5–6, pp. 613–634.

recibido en marzo de 2003
aceptado en mayo de 2003